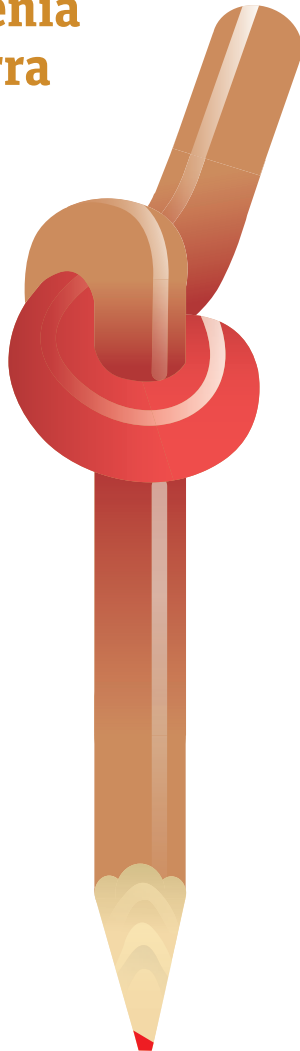


ADOLESCENCIA: ESPACIO PARA LA FE



LA ENSEÑANZA RELIGIOSA
EN SECUNDARIA

**María Eugenia
Gómez Sierra**



EDUCAR

Diseño: Estudio SM
Ilustración de la cubierta: Carmen Corrales

© 2015, María Eugenia Gómez Sierra
© 2015, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

A Julia, mi madre

La mujer que tiene a Dios, esa será alabada.

Dadle del fruto de sus manos
y que en las puertas la alaben sus obras

(Prov 31,31)

PRÓLOGO

La preocupación de la Iglesia, ya desde sus comienzos, por la educación de la juventud responde al convencimiento de que en esta etapa de la vida se dan las primeras experiencias válidas para una maduración de su personalidad religiosa. Para el cumplimiento de esta tarea, la Iglesia, apoyándose en realidades pedagógicas anteriores, ha creado escuelas en las que se ofrece a los jóvenes la necesaria formación integral que les ayude no solo a insertarse en la sociedad, sino a dar también un sentido a su vida. La escuela, como complemento y prolongación de la formación familiar, es el instrumento institucional que la sociedad se da a sí misma como lugar de formación integral que, al tiempo que nos abre y nos enseña a comprender la realidad, desarrolla el sentido de lo verdadero, lo bueno y lo bello para que el alumno lo cultive en su vida (papa Francisco).

Es cierto que en los últimos años ha crecido la sensibilidad por parte de la opinión pública y de los gobiernos hacia los problemas educativos, pero también se constata una extendida reducción de la educación a los aspectos meramente técnicos y funcionales. Una educación así concebida difícilmente puede dejarnos satisfechos, pues olvida la finalidad esencial de toda educación, que no es otra que la formación integral de la persona, a fin de capacitarla para vivir con plenitud y aportar su contribución al bien de la comunidad. Reducir la enseñanza solo al aprendizaje de saberes técnicos va en detrimento de aquellas fuentes de sentido transmitidas por las generaciones pasadas y que tratan de mos-

trarnos la verdad de la esperanza que habita en todo ser humano, la que da sentido a nuestra peregrinación en la historia. De ahí que se vayan difundiendo una atmósfera, una mentalidad y una forma de cultura que llevan a dudar del valor de la persona, del significado de la verdad y del bien, y, en definitiva, de la bondad de la vida. Por el contrario, la reflexión por el sentido de la vida que han venido realizando las tradiciones religiosas ayuda a no dejar en el olvido la pregunta por Dios.

Difícilmente comprenderemos la compleja realidad del ser humano si ponemos entre paréntesis su carácter interrogador. El hombre existe preguntando, y cometemos un grave error cuando arrancamos de su vida la pregunta acerca del sentido de su vida. Si Dios hubiera hablado solo con un lenguaje divino, no perceptible para el hombre, no tendríamos constancia de la revelación. Pues esta existe cuando la acción por la que él se manifiesta es percibida por alguien que se siente interpelado por medio de las preguntas. Por eso Benedicto XVI, dirigiéndose a profesores de Religión, les pedía de corazón que invitasen a los alumnos «a hacer preguntas no solo sobre esto o aquello –aunque esto sea ciertamente bueno–, sino principalmente sobre *de dónde* viene y *adónde* va nuestra vida. Ayudadles a darse cuenta de que las respuestas que no llegan a Dios son demasiado cortas».

Asistimos a un mundo cada vez más globalizado, con capacidad de satisfacer muchas de las demandas que hacen posible el bienestar de las personas, pero que, a su vez, olvida otras que son también necesarias para configurar la identidad de las mismas. Ante esta situación, los distintos agentes educativos tienen una responsabilidad particular para ayudar a comprender la creciente complejidad de los fenómenos mundiales y dominar el sentimiento de incerti-

dumbre que suscita. Esto implica que una de las tareas educativas sea procurar al mismo tiempo que el individuo sea consciente de su *identidad* –a fin de que pueda disponer de puntos de referencia que le sirvan para orientarse en el mundo– y que en el *encuentro* con los otros –en la medida en que se establece un *diálogo* fecundo– aprenda a respetar otras formas de estar en el mundo. En resumidas cuentas, la educación debe asumir como una de sus tareas la de transformar la diversidad en un factor positivo de entendimiento mutuo entre las personas y los distintos grupos humanos.

Sin embargo, hoy se hace difícil para cualquier educador transmitir de una generación a otra algo válido y cierto, reglas de comportamiento, objetivos creíbles en torno a los cuales construir la propia vida. Es cierto, como han puesto de manifiesto distintos autores, que la crisis global de las estructuras de acogida –familia, ciudad, religión– implica hacerse eco de las graves interrupciones que en la actualidad experimentan los procesos de transmisión en el seno de nuestra sociedad, en la que muchos no tiene puntos de referencia estables para construir su vida. De ahí la importancia que cobra el docente de Religión para capacitar al alumno a descubrir el bien y para crecer en la responsabilidad.

Ahora bien, a pesar del esfuerzo realizado por los profesores de Religión para dar razones de la presencia de su asignatura en el conjunto del currículo, la enseñanza religiosa escolar sigue generando polémica en algunos colectivos que, desde una discutible comprensión de la aconfesionalidad del Estado, más próxima al laicismo excluyente que a una «sana laicidad», la confinan a los lugares de culto de los distintos credos religiosos, arguyendo que las creencias religiosas del ciudadano individual pertenecen al ámbito de lo estrictamente privado y, por tanto, su transmisión en forma

de enseñanza religiosa no debe asimilarse a las asignaturas ordinarias del currículo.

La profesora Gómez Sierra, en las antípodas de esta forma de pensar, nos presenta su libro como una respuesta razonada y creíble al reto que el mundo de las religiones dirige a la didáctica, para que, con la ayuda de sus recursos, posibilite el diálogo de la fe con la cultura y la vida. Transmitir la fe, darla a conocer a otros, siempre será un reto para el profesor de Religión, que le exige conocer bien a su destinatario –en este caso al adolescente– tanto en su desarrollo evolutivo como en su relación con el mundo de lo religioso. Y todo ello en el marco de una nueva ley educativa que ha de conocer y comprender bien para que dicha enseñanza se realice con todas las exigencias metodológicas que exige el ámbito escolar. Todo esto se encontrará expuesto de forma competente en este libro que tengo el gusto de presentar. Felicito a la autora, amiga y compañera en la docencia universitaria, porque, como en ocasiones anteriores, ha sabido aunar la pasión de su docencia con un conocimiento riguroso de la materia tratada.

AVELINO REVILLA CUÑADO
Delegado Diocesano de Enseñanza,
Archidiócesis de Madrid

INTRODUCCIÓN

Suprimir a Dios de la vida cotidiana es expresión de plena libertad. Ser ateo, agnóstico o indiferente es el eslogan que el individuo del siglo XXI lleva inscrito en su cabeza para usarlo cuando convenga.

El hombre, liberado progresivamente del esfuerzo del *trabajo* por los descubrimientos, de la *ignorancia* gracias a la escuela o de la penuria por el desarrollo de la economía y el mercado, se cree también capaz de separarse del *origen* que sustenta su propia existencia. «¡Oh!, tu corazón se ha engrdeído y has dicho: “Soy un dios, estoy sentado en un trono divino, en el corazón de los mares”. Tú eres un hombre y no un dios, equiparas tu corazón al corazón de Dios» (Ez 28,2).

Vivimos en tiempos de increencia. Instalados en un desierto donde abrasa la sed de Dios (Ratzinger, 2012) y se palpa asfixiantemente la experiencia de vacío que deja el corazón insatisfecho.

Muchos de los adolescentes han nacido en esta tierra inhóspita donde no es fácil encontrar el frescor del agua que les hace reverdecer. Viven un horizonte de sentido inmanente, incapaces de percibir la riqueza de la creencia. Anestesiados, adormilados, caminan como huesos secos, sin vida. Esperan la voz del profeta como eco de Dios: «Ven, espíritu, de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos para que vivan» (Ez 37,9).

En el origen de nuestra existencia, la Trascendencia nos supera. Hay un proyecto de amor divino, un amor que nos precede invitándonos a compartir con los otros nuestros bienes.

La Verdad empuja al hombre a anunciar y a acoger lo que ha recibido.

La adolescencia es momento de carencia y apertura, tiempo de búsqueda y de donación. Una noble realidad abierta a la esperanza del futuro, donde la tarea educativa puede penetrar el corazón del hombre hasta lo más profundo de sus entrañas.

Formación y testimonio son los cauces creíbles para que los adolescentes se interpeleen y empiecen a buscar respuestas a las inquietudes profundas de sus vidas. El acompañamiento fiel es el camino para que, desde la libertad, decidan si Jesucristo, modelo de hombre nuevo, merece la pena.

En este libro no hay mayor pretensión que mostrar unas pautas didácticas que puedan auxiliar a la tarea de tantos extraordinarios profesores de Religión que, con su vida, son transmisores de la Buena Noticia a diario en la escuela. Nada novedoso ni original, simplemente una sistematización de aquellos aspectos que deben considerarse en la práctica educativa desde el punto de vista pedagógico.

A partir de una mirada algo superficial al prototipo de adolescente proponemos considerar cómo es su recién estrenada manera de pensar y qué cambios supone en su postura frente al mundo. La incompreensión profunda de sus sentimientos desde fuera, su vacío y soledad, su desajuste corporal y tantas otras realidades que le acontecen le separan sin pretenderlo de nosotros, llamados a tender puentes que faciliten el acceso a la vida adulta.

El mundo de lo religioso, esquivado y necesario a la vez, supone en estos momentos un reto al que debe responder la didáctica, ofreciendo todas las estrategias posibles para permitir el diálogo fe-cultura-vida.

La etapa Secundaria no es sin más una continuidad de la feliz época de educación básica, centrada en la instrumenta-

lización y los escasos saberes; es una apertura a la realidad de la vida, donde la religión y Dios tienen un hueco ineludible.

Enclavadas en la reforma educativa LOMCE, con estas palabras intentamos ofrecer fundamentos y claves para que la asignatura de Religión sea en este momento garantía para una educación integral. Para que sean reales en cada centro educativo las palabras del evangelista: «Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos» (Mt 5,14).

I

EL ALUMNO DE EDUCACIÓN SECUNDARIA EN LA ESCUELA

La enseñanza Secundaria tiene ya una cierta andadura en la historia de la educación en España. Desde que la ley Moyano (1857) estructurara el sistema educativo, reconociendo la segunda enseñanza, se han producido ciertos cambios, pero se ha mantenido siempre la idea esencial. Se trata de un período de tiempo educativo transitorio con el que se da paso tanto al mundo académico como al laboral.

Esta primera parte nos sitúa ante la realidad de los alumnos que forman parte de esa etapa tan singular del sistema educativo. Nos invita a reflexionar en estos momentos de crisis para descubrirlos como una oportunidad en el camino hacia la madurez personal.

EL PERFIL GENERAL DEL ADOLESCENTE

La Educación Secundaria Obligatoria coincide, en el desarrollo psicoevolutivo de los estudiantes, con la preadolescencia y la primera adolescencia. Dos momentos difíciles en los que los muchachos se enfrentan con las contradicciones de la vida humana en la dimensión personal y social.

En estos años, los escolares experimentan un proceso de cambio especialmente significativo. Se trata de un tiempo en que el preadolescente está llamado a su nacimiento social (Rocheblave-Spenle, 1978, p. 125), abandonando paulatinamente la vida familiar para empezar a mostrar socialmente su identidad. Paso que supone a la vez incertidumbre, miedo y temor, pero también grandes expectativas (Castillo, 2001, pp. 45-59).

Alrededor de los 11 o 12 años se advierten novedades en el desarrollo físico, intelectual y afectivo, que suponen una nueva forja de personalidad del alumno (Hoffman/Paris/Hall, 1996, p. XV). Los cambios de pensamiento y la inserción en la sociedad adulta obligan a una total reformulación de la personalidad.

La adolescencia supone un cambio vital en el ser humano. Se trata de una etapa de transición (Feldman, 2007, p. 390) en la que progresivamente se abandona la infancia para comenzar a ser adulto, tanto desde el punto de vista psicobiológico como desde la perspectiva social. El niño deja de sentirse subordinado al adulto y se mide con él como un igual.

A pesar de que la persona vive como una unidad global, el estudio didáctico de la educación Secundaria separa para su análisis las diversas dimensiones de la persona, distinguiendo, además, un período preadolescente y otro adolescente.

Piaget, en oposición a otros psicólogos, plantea el desarrollo de los procesos cognitivos y las nuevas relaciones sociales como los factores más relevantes para identificar el período. En su opinión, la aparición del desarrollo de la capacidad lógico-formal permite interpretar la realidad de forma autónoma, haciendo significativo el diálogo con la cultura que nos rodea.

El aprendizaje significativo de la enseñanza Primaria se convierte ahora en un aprendizaje selectivo que depende de la voluntad del propio sujeto.

1. El alumno en crisis

La Educación Secundaria Obligatoria (ESO) supone un cambio radical en la vida del alumno y de su familia. A esta edad, el alumno es una persona inmersa en los cambios que conlleva la pubertad (Carretero/Palacios/Marchesi, 1986, pp. 13-14)¹; cambios que vive con tensión, nerviosismo y preocupación. Es un momento psicoevolutivo y académico de gran trascendencia, que invita a la elaboración de pro-

¹ Antes de avanzar en la explicación sobre el perfil del alumno es importante destacar una diferencia de términos. El término «pubertad» se confunde con el de «adolescencia», a pesar de no ser lo mismo. Llamamos pubertad al conjunto de cambios físicos en el organismo humano cuyo producto final es la completa maduración de los órganos sexuales, haciendo posible la capacidad de reproducirse. La adolescencia, por el contrario, se trata de una etapa del desarrollo que sigue a la pubertad y en la que se producen los cambios físicos y psicológicos (cf. Carretero/Palacios/Marchesi, 1986, pp. 13-14).

yectos personales y a la toma de decisiones arriesgadas que permiten la consecución de esos proyectos.

La incorporación a un centro educativo que abre paso a la futura realidad universitaria o laboral provoca cierta inquietud al exigir un grado de maduración e independencia para el que, con frecuencia, no están preparados ni los alumnos ni los padres.

Tampoco se trata de un momento fácil para la enseñanza. Los cambios fisiológicos del alumnado condicionan la acción didáctica y exigen al docente un sólido conocimiento de los rasgos psicológicos de los alumnos.

Con la adolescencia comienza un proceso de adaptación, amplio y paulatino, que ha de llevar al adolescente a aceptar su nueva imagen corporal, sus nuevas capacidades motoras y la configuración de su identidad sexual; junto a esto es necesario encajar además la ruptura de la dependencia emocional y protectora de los padres y el desarrollo de habilidades de relación social; en definitiva, la construcción de la propia identidad (Hoffman/Paris/Hall, 1996, pp. 10-12).

Los cambios físicos y, en consecuencia, la aceptación de su cuerpo afectan a la estabilidad emocional del adolescente y, de manera muy marcada, a su rendimiento escolar.

Siegel (1982) resumió hábilmente el impacto que las transformaciones físicas provocan sobre los adolescentes. Entre ellas conviene resaltar: 1) el interés excesivo por los aspectos relacionados con el cuerpo (favorecidos por el cambio cognitivo); 2) la insatisfacción con su aspecto, y 3) la relación entre el atractivo físico y la aceptación social.

La formación de la personalidad genera igualmente una serie de problemas y de situaciones conflictivas en el comportamiento que en modo alguno han de escapar a la atención de profesores y tutores en su intervención didáctica y tutorial.

Desde esta perspectiva hemos de componer un marco de referencia que nos ayude a entender a los adolescentes, situándolos en un contexto real y auténtico, con el fin de saber elegir la intervención educativa más acorde con sus necesidades.

a) El cambio biológico, algo más que un nuevo aspecto

Frecuentemente, la transición de la escuela Primaria a la Secundaria, sobre los 12 años, es bastante incierta. En este período, el chico está dominado por las novedades exteriores, que atraen su atención y reclaman todo su esfuerzo. Su persona se siente insegura ante los nuevos hechos personales y sociales que tienen lugar, tanto en él como a su alrededor: escuela, profesores, materias, amistades y contactos sociales resultan nuevos, además de tener que afrontar la llegada de la pubertad.

La adolescencia es un fenómeno psicológico que comprende un período de la vida, más o menos largo, que no puede confundirse con la pubertad (Delval, ⁵2002, p. 544).

Los cambios del crecimiento no son los únicos que se dan en este período, pero sí resultan los más llamativos, porque con ellos se alcanza la capacidad reproductora. El comienzo de la adolescencia se marca con la *pubertad*, un proceso biológico que transforma al niño inmaduro en una persona madura sexualmente.

Desde el punto de vista físico y fisiológico se producen transformaciones profundas a gran velocidad, de manera semejante a las del desarrollo fetal. El cambio más significativo hace referencia al tamaño y forma del cuerpo, junto al desarrollo de los órganos reproductivos; a partir de ese momento se ponen de relieve los primeros pasos y afirmacio-

nes del yo personal, por lo que se conoce también como «segundo nacimiento» (Agazzi, 1964, p. 183).

Los cambios del adolescente se deben a la puesta en marcha de la función de diversas hormonas que activan el sistema endocrino, que viene funcionando desde la niñez, pero con menos intensidad.

En la pubertad, como respuesta a una señal biológica aún indeterminada, el hipotálamo manda órdenes a la glándula pituitaria, que estimula las glándulas hormonales y aumentan considerablemente su producción. Las gónadas (ovarios y testículos) y las glándulas adrenales secretan hormonas directamente a la sangre. El aumento de estos niveles provoca cambios físicos que, al cabo de tres o cuatro años, permiten la transformación en un adulto. Los adolescentes se convierten en seres maduros sexualmente, aunque su potencial hormonal seguirá creciendo hasta la etapa adulta temprana, a los 20 años.

Cuando describimos el proceso no podemos entender que este no se realice de forma ordenada y gradual, sino más bien con una falta de armonía en el crecimiento denominada asincronía, que provoca desproporciones que generan ciertamente ansiedad (Hoffman/Paris/Hall, 1996, pp. 6-7).

– *Maduración sexual femenina*. Los diez años suele considerarse la edad en la que da comienzo la madurez sexual. La estatura empieza a aumentar con rapidez, alcanzando la cumbre del crecimiento entre los 12 y los 15 años. Los cambios de altura se acompañan de transformaciones en las proporciones corporales, especialmente en las caderas y hombros, y de aumento de los niveles de grasa.

Los órganos sexuales se empiezan a desarrollar y comienza la menarquía o primera menstruación, pero aún no

se ha alcanzado la función reproductiva y no existe, por tanto, fertilidad.

– *Maduración sexual masculina.* El desarrollo madurativo de los chicos es posterior al de las chicas aproximadamente en dos años. La cumbre de este proceso suele situarse entre los 14 y 16 años.

El patrón de crecimiento entre chicas y chicos es muy distinto. En ellos crecen en mayor proporción los hombros que las caderas, existe menor acúmulo de grasa y aumenta considerablemente la musculatura.

El pene y el escroto aceleran su crecimiento hacia los 13 años, siendo el cambio más rápido y llamativo que el correspondiente en las chicas. A pesar de la existencia de espermatozoides, no se sabe con certeza si durante el principio del período puede fecundar al óvulo o no.

b) Reacciones a los cambios de la imagen corporal

A diferencia de los bebés, en los que también se produce un cambio brusco extraordinariamente rápido, los adolescentes son conscientes de lo que sucede en su cuerpo y no permanecen indiferentes. Reaccionan con pánico o con satisfacción, según el contexto social en el que se hayan educado.

Sus reacciones frente a la pubertad dependen mucho de los patrones de pensamiento y de los sentimientos que sobre la sexualidad han tenido durante la niñez. Y su respuesta psicológica se ve muy influida por el comportamiento de padres y amigos frente a sus cambios de apariencia. El contexto cultural ofrece un modelo de cuerpo ideal que el chico, pero fundamentalmente la chica, va descubriendo a través de las expectativas de amigos y familiares.

En esa valoración social, la maduración temprana o tardía no resulta indiferente. Con frecuencia, los adolescentes varones que maduran prontamente se sienten orgullosos y son bien valorados en campos como el deporte, debido a la altura, la popularidad y el autoconcepto, aunque esto puede acarrearles problemas escolares.

En el caso de las chicas, la historia resulta diferente. Los cambios corporales suelen provocarles incomodidad con sus amigas, aunque por otra parte pueden sentirse halagadas al ser requeridas por los chicos. Existe una visión muy diferente sobre el tema en las distintas culturas.

Respecto a la maduración tardía, el fenómeno suele invertirse. Los chicos sufren mayor presión cuando son inmaduros porque son vistos como pequeños y menos atractivos; en general suelen ser ridiculizados. Las chicas, por el contrario, suelen mantener una imagen positiva y una buena autoimagen, que responde al perfil que reclama la sociedad.

Como podemos deducir, se trata de un fenómeno complejo que requiere para trabajar didácticamente una mirada de conjunto de todos los factores que ejercen influencia.

2. En busca de una nueva identidad

Durante la adolescencia aparecen una serie de nuevas tareas que tienen influencia sobre la vida futura. Es el momento de «desatelizarse» de los padres, alcanzando cierta autonomía, el tiempo de tomar decisiones sobre los estudios y de emprender la vida como una vocación que no tiene vuelta atrás.

El nacimiento de la sexualidad ofrece nuevas oportunidades de relación con el otro sexo, un placer frente al que se

teme la amenaza que puede acarrear la responsabilidad de una familia. La incipiente autonomía se expresa como poder, que viene del contacto con nuevos principios y valores hasta ese momento ajenos; pero supone a la vez riesgo.

La transformación del cuerpo evoca nuevas expectativas y conductas frente a sus padres y compañeros que influyen en todos los aspectos de la vida, especialmente en las emociones. Los adolescentes ponen a prueba los sentimientos sobre sí mismos, lo que produce cambiantes estados de ánimo que visibilizan su forma de resolver los nuevos problemas. Muestran variabilidad de humor, llanto y risa, depresiones y exaltaciones, irritabilidad, excitabilidad, agitación, etc.

Generalmente aparece una continua exaltación del egocentrismo, preocupación por sí mismo, conflictividad con los adultos, rechazo de la autoridad (familiar, escolar, religiosa), una cierta originalidad (modos de decir, de hacer, de vestir, de comportarse) que, por lo demás, no es tan original, ya que supone la adopción de ideas, comportamientos y modas del grupo de pertenencia. Se une a esto la idealización de algunas personas (cantantes, actores, deportistas) como forma de búsqueda de autonomía e independencia, así como la aparición de infinitos porqués que justifiquen los comportamientos de los de alrededor.

Poco a poco van realizando, en silencio, una de las tareas esenciales de la adolescencia, la configuración de su identidad. Van dando sentido coherente a su individualidad según la propia personalidad y circunstancias. Comienza para el sujeto un proceso lento de organización de todas las partes de su yo que buscan la unidad.

Aunque la formación de la identidad es una tarea que comienza en la primera niñez y dura toda la vida, la adolescencia es un momento muy relevante porque la confluencia del crecimiento físico, el desarrollo cognitivo y las nuevas

expectativas sociales hacen posible que se forme la identidad madura.

Autores como Erikson describen la adolescencia como un tiempo de moratoria (Hoffman/Paris/Hall, 1996, p. 10) en el que, a pesar de que se posponen las elecciones definitivas, se van dando pequeños pasos para consolidar la unidad de vida. Comienza la tarea de consolidar aspectos innatos de la personalidad junto con rasgos del desarrollo, como pasividad, agresividad, sensualidad, talentos, habilidades, etc. Se provoca también la identificación con modelos paternos, de compañeros o de personajes culturales; los modos de regular la conducta, de afrontar los conflictos o de adaptarse a los papeles sociales.

Es cierto que este proceso varía mucho según el contexto en el que se encuentra el alumno y tiene un perfil muy diverso para los que optan por el mundo universitario o por el campo del trabajo.

James Marcia (1980), apoyándose en el planteamiento teórico de Erikson, clasifica en cuatro las actitudes que pueden adoptar los adolescentes a la hora de formar su identidad:

- 1) *Compromiso*: actitud que proviene de aceptar en la propia vida las metas o valores elegidos ya por otros, como pueden ser padres, profesores o compañeros. Estos jóvenes no suelen sufrir crisis de identidad, puesto que aceptan de buen grado opciones de otros.
- 2) *Moratoria*: responde al comportamiento de alumnos que posponen siempre sus opciones finales mientras se entretienen en debatir temas profesionales o ideológicos.
- 3) *Construcción de la identidad*: se trata de jóvenes que realizan el esfuerzo de perseguir metas últimas también en el campo profesional e ideológico.

ÍNDICE

PRÓLOGO, de Avelino Revilla Cuñado	7
INTRODUCCIÓN	11
I. EL ALUMNO DE EDUCACIÓN SECUNDARIA EN LA ESCUELA	
1. EL PERFIL GENERAL DEL ADOLESCENTE	17
1. El alumno en crisis	18
a) El cambio biológico, algo más que un nuevo aspecto	20
b) Reacciones a los cambios de la imagen corporal	22
2. En busca de una nueva identidad	23
La diferencia sexual en la formación de la identidad	26
3. La conflictividad del adolescente en el ámbito familiar	27
4. El contraste entre la búsqueda de la autonomía y la vida familiar	29
2. LA VISIÓN DEL MUNDO DESDE EL PENSAMIENTO FORMAL	31
1. El desarrollo intelectual: pensamiento formal	33
a) Características funcionales del pensamiento formal	33
b) Características formales o estructurales	36
2. La metacognición en la adolescencia	38
	223

3. El egocentrismo del pensamiento: ensimismamiento	38
4. La cognición social	39
5. Inteligencia práctica	40
a) Resolver problemas comunes	41
b) Hacer planes de futuro	41
c) Tomar decisiones	41
3. EL MUNDO DE LAS RELACIONES INTERPERSONALES	43
1. En busca de la autonomía	43
2. La influencia de lo afectivo y emotivo en el mundo de las relaciones	45
3. La vida en grupo	46
a) La comparación social	46
b) El grupo de referencia	47
c) El precio del grupo	48
d) El grupo y el sexo	48
4. La uniformidad de la vida grupal	49
4. EL CRECIMIENTO MORAL	51
1. El desarrollo moral	51
a) Génesis de la moral	52
b) Los cambios del adolescente y el desarrollo moral	53
c) Las fuentes de la conflictividad	55
2. La familia como lugar de educación moral	57

II. LO RELIGIOSO Y EL MUNDO ADOLESCENTE

1. LA IDENTIDAD DEL ADOLESCENTE Y LO RELIGIOSO	61
1. La identidad religiosa del adolescente	62

2. La religiosidad en el adolescente	63
a) El pensamiento religioso	63
b) Concepto de Dios	64
c) Actitudes religiosas	67
d) Crisis de identidad y personalización religiosa	69
e) El proceso del «logro de la identidad»	70
f) La socialización religiosa	71

III. CARACTERÍSTICAS DIDÁCTICAS Y CURRICULARES DE LA EDUCACIÓN SECUNDARIA

1. CARACTERÍSTICAS DIDÁCTICAS DE LA EDUCACIÓN SECUNDARIA	75
1. La fuerza de las disciplinas y el vacío metodológico	75
2. Las metas y los propósitos educativos condicionan la aplicación didáctica	77
a) Los objetivos	78
b) Los contenidos	81
c) Las competencias	84
3. Modelos de enseñanza-aprendizaje	87
4. Modelos de enseñanza: lo cooperativo	89
2. EL SISTEMA EDUCATIVO Y SUS BASES PSICOPEDAGÓGICAS	92
1. La configuración legislativa de la etapa	93
2. Los objetivos de la etapa	99
3. Competencias	101
4. Metodología	101
a) Lo específico en la etapa Secundaria	102
b) Principios metodológicos	104

IV. LA RELIGIÓN A LA LUZ DE LA NUEVA LEY DE EDUCACIÓN

1. LA RELIGIÓN Y LA LOMCE	109
1. Estructura curricular	109
a) Introducción	110
b) La estructura del currículo de Religión	113
c) El currículo de Religión y su relación con las competencias	116
d) Los contenidos procedimentales en el currículo de Religión	120
e) Estrategias de metodología didáctica en la enseñanza de la religión católica	124
2. Desarrollo del currículo	126
Primer curso	129
Segundo curso	136
Tercer curso	142
Cuarto curso	147
3. Filosofía educativa	151
2. EL MENSAJE CRISTIANO EN SECUNDARIA	153
1. La significatividad del mensaje	153
2. Significatividad vertical de los contenidos de Secundaria	154

V. LA RELIGIÓN EN EL TRABAJO DE AULA

1. LA UNIDAD DIDÁCTICA COMO FORMA DE TRABAJO EN EL AULA	169
1. Significado de la unidad didáctica	169
2. Estructura de la unidad didáctica	170
a) Elementos marco del aprendizaje	170
b) Elementos didácticos	171

c) Elementos de aplicación	172
d) Elementos de evaluación	172
3. Desarrollo de los elementos de la unidad didáctica	173
a) Elementos marco del aprendizaje	173
b) Elementos curriculares	182
c) Elementos de implementación del aprendizaje	192
d) Elementos de evaluación	196
4. La metodología para la elaboración de una unidad didáctica	199
Pasos para el diseño de una unidad didáctica	199
CONCLUSIÓN	215
BIBLIOGRAFÍA	219

Colección Educar

Carta a una maestra, ALUMNOS DE LA ESCUELA DE BARBIANA
(7ª ed.)

La autoestima del profesor, Franco VOLI

La motivación en el aula, Jesús ALONSO TAPIA y Enrique CATURLA FITA

La estimativa moral. Propuestas para la educación ética, Marciano VIDAL

Escuchar el mundo, oír a Dios, José Luis CORZO (dir.)

La educación en valores, Abilio DE GREGORIO, Javier ELZO, Pilar FERREIRÓS, Pio LAGHI y Ramón PÉREZ JUSTE (4ª ed.)

Pedagogía del sentido, Francesc TORRALBA (2ª ed.)

Desafíos para recrear la escuela, José María MARDONES (2ª ed.)

Ética y voluntariado, Agustín DOMINGO MORATALLA (2ª ed.)

La relación profesor-alumno en el aula, Pedro MORALES (3ª ed.)

Los derechos humanos en la situación actual del mundo, Carmelo GARCÍA

Reinventar la solidaridad, Luis ARANGUREN GONZALO

Televisión y familia. Un reto educativo, Luis Fernando VÍLCHEZ

La educación en la familia y en la escuela, Jaume SARRAMONA I LÓPEZ (2ª ed.)

La enseñanza de la religión, una propuesta de vida, COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA

Educarnos con la actualidad, José Luis CORZO

Educar en positivo para un mundo en cambio, Mercedes MUÑOZ-REPISO IZAGUIRRE

La escuela tiene la palabra, Luis NÚÑEZ CUBERO (2ª ed.)

Guardianes de sueños. Educadores en la era de la informática, Juan E. VECCHI

Cartografía del voluntariado, Luis ARANGUREN GONZALO

Calidad educativa y justicia social, Agustín DOMINGO MORATALLA

- El silencio: un reto educativo**, Francesc TORRALBA
- ¿Es posible otro mundo? Educar después del once se septiembre**, Francesc TORRALBA
- Enseñanza de la religión y Ley de Calidad**, Carlos ESTEBAN GARCÉS
- Educación y educadores**, Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL (3ª ed.)
- La apasionante aventura de la educación**, José Luis ROZALÉN MEDINA
- Sentirse bien en el aula**, Franco VOLI (2ª ed.)
- Fragilidad y plenitud**, Carme AGUSTÍ I BARRI
- Diez valores éticos**, Joan BESTARD (2ª ed.)
- Educar la inteligencia emocional en el aula**, Domingo J. GALLEGU GIL y María José GALLEGRO ALARCÓN
- Obediencia y desobediencia en la educación**, Inmaculada FERNÁNDEZ-QUERO
- La defensa de la libertad en la era de la comunicación**, Alfonso LÓPEZ QUINTÁS
- Educar preguntando**, Pedro ORTEGA CAMPOS
- Construyendo puentes: claves de colaboración escuela-familia ante los problemas de conducta**, Virginia CAGIGAL DE GREGORIO (comp.) (2ª ed.)
- Curiosidad y placer de aprender. El papel de la curiosidad en el aprendizaje creativo**, Hugo ASSMANN
- El civismo planetario explicado a mis hijos**, Francesc TORRALBA
- Pedagogía del amor. Las historias universales y los valores de las nuevas generaciones**, Gabriel CHALITA
- El profesor como formador moral. La relevancia formativa del ejemplo**, José PENALVA
- Educar a los hijos con inteligencia emocional**, María José GALLEGRO (2ª ed.)
- Ciudadanía, religión y educación moral**, Agustín DOMINGO MORATALLA (ed.)
- Ser cristiano en la plaza pública**, José María MARDONES
- El aprendizaje cooperativo**, Leonor PRIETO NAVARRO (3ª ed.)

Llamada y proyecto de vida, Xosé Manuel DOMÍNGUEZ PRIETO
(2ª ed.)

El espíritu del educador, Gustavo J. MAGDALENA

Jesucristo falta a clase, José Luis CORZO

El arte de ser abuelos, Franco VOLI

Competentes, conscientes, compasivos y comprometidos, Josep
M. MARGENAT

¿Crecer sin Dios? La experiencia de Dios a lo largo de la vida,
Karl Ernst NIPKOW

La formación espiritual y religiosa durante los primeros años,
María José FIGUEROA ÍÑIGUEZ

Virtudes para convivir, Xabier ETXEBERRIA

El profesor cristiano: identidad y misión, Xosé Manuel DOMÍN-
GUEZ PRIETO (3ª ed.)

La educación (com)partida, Luis Fernando VÍLCHEZ

Religión para pequeños. Didáctica de Infantil, María Eugenia
GÓMEZ SIERRA

**El aprendizaje-servicio en España: el contagio de una revolu-
ción pedagógica necesaria**, Roser BATLLE SUÑER

Gestionar para educar, Javier CORTÉS, SORIANO y Jesús Ángel Vi-
GUERA LLORENTE

Don Milani: la palabra a los últimos, José Luis CORZO

Adolescencia: espacio para la fe, María Eugenia GÓMEZ SIERRA

Generación Y, José María BAUTISTA

Cronos va a mi clase, Carmen GUAITA